**Испанский язык**

**Los Siguientes**

**Pedro Simón**

Mi vecina se lo cruzaba a menudo en el portal cuando regresaba del trabajo.

—Pobre tu padre, anda que no lo debe de estar pasando mal, el hombre.

—Bueno, chica, lo normal, ya sabes.

—Es que como le he visto varias veces salir del ascensor secándose las lágrimas con el pañuelo...

Era un pañuelo gris, desgastado por el uso, al que mamá le había bordado sus iniciales en negro. La primera vez que le vi utilizarlo fue por culpa de Ramón, que al poco de nacer Hugo se fue a Lloret de Mar con una cubana, y hasta hoy. Yo era la niña de mi padre. Su Lagartija, decía. La simple posibilidad de que su única hija no siguiese siendo aquella chica asilvestrada que no paraba de reír junto a él le hirió en lo más profundo. Siempre relacioné aquel pañuelo con la ruptura.

La muerte de mamá a los meses de nacer Hugo fue la puntilla. A papá se le cayeron encima el tiempo y el silencio. Le sobraban minutos a sus horas. Le faltaban ruidos a su casa. Le faltaba discutir un poco con ella, y hablar de los hijos, y embromarla llamándola mamá gallina y hacerle luego clo-clo-clo con las manos bajo las axilas como él le hacía, y abrirle un tarro de cristal, porque mi madre le pedía cosas para que papá se siguiera sintiendo fuerte, cosas como acercarle algo que estaba arriba en la estantería y que ella no alcanzaba, cosas como probar la salsa de mamá para ver si estaba rica.

—A ver, Antonio, prueba y dime cómo está.

—Le falta sal.

—Pues mira, eso es lo que menos falta te hace a ti: la sal.

—Mujer, vas a ser la más sana del cementerio.

Siempre contaba aquella conversación papá. Siempre la contaba y luego decía, enarcando las cejas: y ya ves, hija, se murió ella antes que yo, y eso que tenía diez años menos. Se quedaba entonces callado, asintiendo, dando un suspiro de vez en cuando, repitiendo la frase, sobando el pañuelo.

No solo es que no supiera qué hacer sin mi madre, es que —sin ella— no le veía sentido a casi nada. Le faltaban sus objetos, sus revistas manoseadas, los ovillos de lana que dejaba por ahí, la tibieza de su cuerpo al lado de la cama. Y había días —le conozco— en que debía de tenerle miedo a la muerte y días en que debía de sentirse culpable de estar vivo habiendo tragado muchísima más sal que mamá.

Nos hizo jurar que —pasara lo que pasara— jamás venderíamos ni alquilaríamos esa casa que fue de los dos y en la que todavía resistía. Que no la mancharíamos con la idea de sacarle un rendimiento. Que esa vivienda de la que escapaba porque le recordaba lo que más quería se quedaría como él, hueca por dentro.